

## **Domingo 3 Adviento. Año C**

### **Lectio divina sobre Lc 3, 2-3. 10-18**

---

La proximidad de la fiesta de Navidad, en la que celebraremos que Dios quiso hacerse hombre en su intento de hacérsenos cercano, nos permite hoy romper un tanto esa tensión a la que nos han ido acostumbrados las lecturas de los domingos pasados. Hoy la palabra de Dios propone a nuestra meditación un tema, sólo en apariencia, no muy importante en nuestra vida cristiana, un tema, mejor, al que damos poca importancia: la alegría. Y es que puede parecernos un contrasentido que se nos insista en que, como creyentes, debemos vivir con alegría, cuando se nos insiste en que, por no tener a Dios suficientemente en nuestras vidas, debemos vivir esperándolo. ¿Qué puede haber de bueno e ilusionante en andar por la vida escasos de Dios y faltos de sus cuidados? ¿Cómo nos ha de resultar gozoso estar viviendo sin Dios y estar siempre esperándole?

---

<sup>2</sup>*En el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.*

<sup>3</sup>*Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, En aquel tiempo, <sup>10</sup>la gente preguntaba a Juan:*

*«¿Entonces, qué hacemos?»*

<sup>11</sup>*Él contestó:*

*«El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo.» <sup>12</sup>*

<sup>12</sup>*Vinieron también a bautizarse unos publicanos y le preguntaron:*

*«Maestro, ¿qué hacemos nosotros?»*

<sup>13</sup>*Él les contestó:*

*«No exijáis más de lo establecido.»*

<sup>14</sup>*Unos militares le preguntaron:*

*«¿Qué hacemos nosotros?»*

*Él les contestó:*

*«No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie, sino contentaos con la paga.»*

<sup>15</sup>*El pueblo estaba en expectación, y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; <sup>16</sup> él tomó la palabra y dijo a todos:*

*«Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego; <sup>17</sup>tiene en la mano el bieldo para aventar su parva y reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga.»*

<sup>18</sup>*Añadiendo otras muchas cosas, exhortaba al pueblo y le anunciaba el Evangelio.*

---

## **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

La llamada a la conversión por parte del Bautista suscitó una respuesta positiva entre el pueblo, que Lucas ejemplariza en una breve conversación. Tras haber exigido, y con extrema dureza (Lc 3,7: “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a escapar del juicio inminente”; Lc 3,9: “Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles...”), la conversión al pueblo, el Bautista centra su exhortación en la caridad práctica: no se puede tener – ni comer – el doble, si hay alguien a tu lado que nada tiene.

Llama la atención que la conversión a Dios, requerida con tanta severidad (Lc 3, 7-9), sea reducida inmediatamente a un encargarse de los que nada tienen y todo (vestido o alimento) necesitan. Así ‘evangelizaba’ (Lc 3,18) el Bautista: quien rinde culto verdadero a Dios, debe cultivar la fraternidad con su prójimo indigente. Tal es la conversión que prepara la llegada del Señor: no hay mejor manera de esperarlo que tratando bien al necesitado. Quien había incitado a la conversión a Dios indica el modo de realizarla, en concreto, mediante una conversión al prójimo. La relación interpersonal, renovada, es consecuencia y prueba de una relación renovada con Dios; el regreso al Padre pasa por la recuperación de la fraternidad.

Aunque la primera aplicación es suficientemente concreta, el Bautista sigue concretando la conversión que predica según la categoría de personas que le escuchan: a los recaudadores de impuestos le pide no sobrepasarse (Lc 3,12-13); a unos soldados, renunciar a sacar provecho de su poder (Lc 3,14). En los tres casos, la conversión a Dios se traduce en un ‘hacer’ (Lc 3,10.12.14) que tiene al prójimo como beneficiario: hacerse bueno a los ojos de Dios es hacer el bien al prójimo.

Semejante predicación, que se distinguía por su urgencia y radicalidad, hace al pueblo preguntarse si Juan no sería el mesías esperado. Quien escucha hablar claro sobre las exigencias de Dios se cuestiona quién le puede exigir tanto. Pero quien pide conversión no es quien ha de venir; el Bautista, más bien, exige conversión para que el Mesías pueda venir. Sin retorno a Dios, Dios no retorna a su pueblo.

Y es que después de él, afirma Juan, vendrá uno que no sólo llamará a conversión, sino que la hará

posible con el bautismo del Espíritu. Jesús exige más, porque pone más a disposición: contar con la fuerza precisa hace inexcusable el retraso en el cambio. Los que oyeron al Bautista siguieron al siervo; tendrán que esperar a ver a su Señor, para experimentar lo que es bueno. Cualquier voz que nos hable de nuestro Señor, no es todavía la voz del Señor que nos habla. Ni cuanto nos dicen sus precursores se identifica con lo que nos dirá Él. Pero oír a quien hable en su nombre, alienta la esperanza de oírle a Él un día. Si se echa de menos al Señor, al menos se podría pasar el tiempo escuchando a cuantos de Él nos hablen.

## II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida...

Como siempre, la Palabra de Dios y sus exigencias nos resultan chocantes y utópicas. Porque, ¿qué razones podemos presentar hoy para estar satisfechos y contentos? Deseamos el gozo y parece que estamos condenados a no encontrarlo. O, si lo hemos hallado, percibimos que fue más grande nuestra espera que su duración, mayores nuestros esfuerzos previos que la satisfacción conseguida. Anhelamos alegría y hemos arrinconado esa sensación en unas pocas horas de la semana, en unos pocos días al año, en unos pocos meses en nuestra vida. Todos buscamos con afán, y a veces hasta con ingenio, alegría y logramos a lo sumo alguna distracción o algo de evasión. Aceptamos vivir una vida cotidiana sin relieve y sin sentido con tal de asegurarnos unos minutos de alegría y de placer. Estamos viviendo en una sociedad donde se alquila la alegría por horas, se la confunde con la despreocupación y el ocio inútil o, lo que es peor, con el desinterés por los demás.

Evidentemente, no es a esta alegría a la que nos llama Dios. En un mundo rico en enormes posibilidades, pero sujeto a limitaciones enormes, los cristianos debemos comunicar a los que se encuentran a nuestro lado la experiencia de la alegría que da la fe en Cristo. Podemos estar al seguro de preocupaciones profundas, si nuestra ocupación primera es servir al Dios de nuestra alegría. Podemos encarar nuestro futuro con esperanza, porque creemos que Dios en persona es nuestro futuro. Nuestro mundo no es absurdo, ya que Dios lo ama hasta el punto de convertirse en uno de sus habitantes. No puede robarnos la alegría dificultad alguna que surja entre nosotros, porque somos testigos de un Dios que habitó entre nosotros. Y ser testigos de este Dios-hombre, de modo creíble, sólo puede realizarse estando alegres: hoy es nuestra misión tal vez más urgente dar a los demás prueba y razones para vivir con alegría. ¿De qué nos sirve no ser del todo malos, si estamos tristes? ¿De qué sirve al mundo nuestra buena voluntad, si no le damos motivos para vivir esperanzado?

A pesar de todo lo malo que pueda haber en nuestro entorno, a pesar de lo malos que podamos aún ser, tenemos razones para vivir con gozo. No porque nos la demos a nosotros mismos, sino porque Dios lo espera de nosotros. Pero el creyente que confía en que Dios está a su lado, puede conservar siempre la calma y dar testimonio de su serena alegría. No es cuanto nos pasa, cuanto tenemos, lo que sustentará nuestra alegría de vivir, sino que lo vivimos al servicio de su Dios.

Y es que la alegría que Dios espera de nosotros, no es fruto del esfuerzo propio y superación de nuestras dificultades. Es la alegría del que se sabe cercano a Dios, a pesar de la prueba; es la paz de quien conoce que su Dios comparte su pena y su preocupación; es el gozo de quien comprende que la fuerza de su esperanza le viene de Dios y no de sus propias fuerzas; no es por lo que podamos asegurarnos, sino por cuanto Dios nos puede dar, por lo que podemos vivir alegres, seguros de lo que aún no tenemos. La alegría del cristiano es la alegría del que espera que Dios sea más grande que su propia necesidad. Esta alegría nadie nos la puede quitar, porque sólo Dios nos la proporciona. Es el gozo de sentirnos sus hijos queridos, sin querernos libres de toda dificultad o tentación.

Hoy hacen falta no ya sólo creyentes, se necesitan creyentes con ilusión, hombres que, por tener fe, conservan su esperanza. Que sepamos a qué atenernos, pero que nos atengamos a la alegría que Dios nos da; que seamos conscientes de los deberes que nos impone nuestra fe, deberes a veces impopulares, otras incomprendidos hasta por nosotros, pero que se han de satisfacer con alegría. Podemos estar dando hoy desgraciadamente un espectáculo de tristeza al mundo, él que es tan sensible a la falta de gozo. ¿Por qué vamos a ser siempre los más cristianos quienes más nos distinguimos por la adustez de nuestras caras, por las prohibiciones continuas, por el recelo ante los desconocidos, por el alejamiento, cuando no condena, de cuantos no son o piensan como nosotros? Hay que convencer al mundo de hoy, a nuestros jóvenes hoy, que se puede ser feliz renunciando a lo que ya se tiene. Que se puede vivir en paz con los demás sin exigir más de ellos ni esperar lo que pueden darnos. Que no es necesario para conocer la alegría de vivir robársela a nadie. Que no somos más felices nosotros haciendo más infelices a los que nos rodean. Que no lograremos mantener la alegría sin compartirla con los demás. Que no encontraremos el gozo de vivir hasta que no nos encontremos con Dios.

Ésta es, sin duda, la conversión que Dios nos pide hoy a cuantos le esperamos: la vuelta a la alegría de vivir, una alegría que Él nos da, porque está cerca, un gozo que podemos experimentar porque vivimos esperándole. Vivir sabiendo que Dios está de regreso, ha de convertir en gozo el tiempo de nuestra espera. Una vida que se pasa aumentando la esperanza no es una vida acabada, sin salida. No ha de sernos penoso vivir alegres, si realmente vivimos esperando al Señor: tenerle a nuestro alcance, nos mantendrá atareados preparando su venida. Si lo que realmente nos falta es el Señor a quien esperamos, nada nos preocupará tanto como su venida..., y nada nos procurará mayor ilusión que esperarle. A cuantos se ocupan de Dios y de su reino, nada debe preocuparles. La alegría de vivir no porque se le tiene ya, sino porque está por llegar, hará soportable la espera hoy y extremadamente feliz el día del encuentro. Esperar al Señor que viene hace posible vivir sin Él, con alegría.